

NARRATIVA, BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS

PRIMER PREMIO (Ex Aequo / compartido)

Alejandro Pereda Bolado (Max Estrella)

IES RÍA DEL CARMEN

NO TODO SALE COMO UNO ESPERA

Mediados de enero, 1892

Ha pasado a duras penas una semana desde aquel intento de atraco en el banco de Livingstone. No sé cuánto tiempo tendremos que seguir refugiados en las montañas, las reservas empiezan a escasear y no se ve ningún animal por la zona. Es normal: con la nevada que está cayendo poco se podía ver.

En aquel instante de desesperación, el jefe de nuestra banda, Joe Van Holt, pensó que si nos quedábamos allí estaríamos muertos o retenidos, por lo que nos ofreció reunir dinero y escapar del lugar a Canadá, donde empezaríamos una vida desde cero sin malhechores ni sinvergüenzas. ¿Cómo lo haríamos?

No creo que sea muy buena idea ir a por otro banco, estarían muy bien vigilados por la que habíamos montado hacía nada. ¿Asaltar un tren? Esa idea me gusta, solo tendríamos que estudiar detalladamente cada paso que tendríamos que seguir.

Esa noticia creó un estado de estupefacción en todos los miembros presentes de la banda Van Holt: Carl, Ned, Aidan, Jack, Simon e incluso en mí, Anthony Valentine. Tan solo teníamos que esperar a que volvieran los que fueron a investigar por la zona (Bill y Shawn) y después al lío.

Las horas pasaban y esos dos no aparecían, pero Joe tenía un plan, por lo menos es lo que decía, que siempre tiene un plan para todo. Al principio siempre me lo creí;

pero, desde esa última cagada por la cual nos persiguen por todo el estado, perdí todos los ánimos. Consistía en que Simon, él y yo fuéramos en nuestros caballos a buscarlos y que los demás hicieran guardia (armados hasta los dientes) en el lugar donde estaríamos situados unas pocas horas más. Quién podría saber si les habían visto las autoridades, o peor, una de las dos bandas restantes sin tener en cuenta la nuestra, los O'Neill o los Evans.

Cuando ya habíamos cabalgado unos quince minutos o así, descubrimos un rastro de sangre que conducía a una especie de cabaña o lo que fuera eso. En un abrir y cerrar de ojos, se oyó un balazo. ¡Estaban en la montaña!

Escuchar el estruendo que emitió la bala al salir del cañón del fusil nos puso alerta, desenfundamos nuestras armas, nos apeamos de nuestros pencos y corrimos a escondernos tras coberturas, cada uno en una estructura distinta, porque un amplio espacio en ese instante era crucial: en caso de que una parte de tu cuerpo fuera vista por el enemigo, podría suponer la muerte, aunque fuera por escasos centímetros.

Joe me hizo señales de que me daría cobertura para, de algún modo, alcanzar a esos gusanos por la retaguardia sin que se lo esperasen o les dejase tiempo para reaccionar.

En cuestión de segundos, se desató una lluvia de balas, Joe con sus dos joyas, dos Rémingtons herencia de su difunto padre; y Simon, su carabina. Mientras ellos desempeñaban su función de forma sigilosa, me fui desvaneciendo entre la nevada para alcanzar a los de la montaña. Cuando ya no se me veía, fui a la subida. Había uno vigilando, por su indumentaria fui capaz de reconocer a qué bando pertenecía, estaba claro que eran los Evans, ¿por qué estaban allí?

Lancé una piedra contra otra para provocar una posible distracción, lo cual funcionó, el hombre se giró e hice uso de mi puñal (suelo dejar que mi cuchillo hable por mí),

puse mi otra mano en la boca del Evans para que no alertase a los otros, escondí su cuerpo en un arbusto y seguí mi objetivo. Al estar arriba, antes de que hicieran algo, cada uno de ellos tenía una bala entre ceja y ceja. No es por presumir, pero siempre se me dieron bien las armas.

Joe me llamó desde abajo, el rastro de sangre que habíamos detectado antes de que nos atacasen era de Bill, que estaba desangrándose dentro de la especie de cabaña (si es que se la podía llamar así), una bala había atravesado su pecho. Con él estaba Shawn, esperando que alguien entrara para acabar con su vida de un escopetazo. Al reunirme con mi equipo, Joe avisó de que abriríamos fuego en caso de que no saliesen con las manos en alto. Shawn reconoció la voz y se identificó, pero cuando iban en ayuda de Bill, este ya había muerto.

Finales de febrero, 1892

Nos hemos trasladado en un desvío de carretera cerca de un pueblo llamado Whitefield, es una zona muy tranquila, donde no suelen intervenir las autoridades porque lleva sin suceder alguna tragedia desde ... vete tú a saber.

El plan para conseguir dinero estaba casi zanjado: asaltaríamos el tren de un pez gordo, un tal François Moreau, que controlaba una gran ciudad vecina (quien dice vecina dice a unos veinte kilómetros). ¿Qué si era arriesgado? Pues claro que lo era, pero no había más opciones. El tren con las pertenencias de aquel hombre pasaría por la estación de Whitefeet el primer domingo de marzo (quedaba semana y media). No sé cómo lo hace, pero Joe Van Holt se enteraba de todo. Saltaríamos todos y abriríamos fuego si fuese necesario hacerlo. Los O'Neill y los Evans era muy probable que hubieran pensado como nosotros, pero les sacamos ventaja, porque íbamos un

paso por delante de ellos. Esto ya estaba planeado desde un principio y no como ellos, que solían hacer todo sin un plan.

Para celebrar que ya teníamos un plan en condiciones, fuimos toda la banda a un salón. Tras el segundo whisky, un hombre que no se sostenía en pie chocó accidentalmente con un tipo rudo que acababa de entrar y, como era de esperar, no tardó ni diez segundos en armarse una gorda. Una vez que el borracho recibió el primer golpe, comenzaron a llover puñetazos por todos lados. Intenté pasar de todo y subir a observar el panorama desde el piso de arriba. Arriba estaba el jefe de los O'Neill, Grames O'Neill, y por tanto, abajo parte de lo que quedaba de sus hombres (mucho de ellos perdieron la vida tras discutir con el hombre al que íbamos a robar, se escaparon unos pocos, unos diez).

El muy cabrón de Grames O'Neill me reconoció al instante y fue a recibirme de una manera muy poco educada, me intentó soltar un puñetazo directo a los dientes. Era un carcamal, sus golpes eran muy predecibles y esquivé todos los que me soltó. El tío ya se estaba enfadando e intentó desenfundar el arma para vaciar el cargador en mí, pero un cabezazo que fue teledirigido a su nariz impidió tenerme en su punto de mira. Lo desarmé y lo lancé haciendo que atravesase la cristalera que permitía ver la calle desde la parte superior del salón. Calló contra el suelo asfaltado de la calle, todos los cristales impactaron en su cuerpo. Al acabar con su líder, bajé a ayudar a mis compañeros. Todos estaban en apuros: ningún O'Neill jugaba limpio, o estaban en grupos contra uno o intentando apuñalar con un arma blanca.

Desenfundé mi arma, un revólver Navy que me había regalado el jefe de la banda por mi decimoctavo cumpleaños, excusándose con que ya era un hombre y debía defenderme. No iba a disparar a nadie, pero lo utilizaría para golpear con él, usándolo de porra. Todos ya habían derribado a uno por lo menos, todos excepto Ned y Aidan

(eran los más flojos). Joe le dijo a Ned que se agachara y lanzó la bola del ocho del billar al O'Neill. Aidan estaba contra la barra intentado que un puñal no atravesara su pecho, estaba perdido, pero apareció Shawn reventando una botella de vidrio en la cabeza del desgraciado, que cayó al suelo al instante. Rápidamente, pagamos la cuenta y huimos.

Día del robo, primer domingo de marzo, 1892

Nos habíamos refugiado hasta la fecha en el campamento. Los O'Neill estaban en prisión y los Evans, nadie lo sabe. Era el gran día, o todo salía bien, o todo salía mal. No hay término medio cuando haces algo como esto, asaltar al pez gordo de Moreau. Observamos desde la lejanía la estación de tren y, cuando apareciese, entraríamos en juego. Apareció a toda mecha, no hizo ni la parada en Whitefield, hicimos que el caballo fuera al galope para alcanzarlo. No había rastro de los Evans, por lo que saltamos al tren en cuanto pudimos. Reventamos el vagón con dinamita y entramos. Nos hallamos con el dinero e intentamos escapar. Se avecinaba gente tras las vías, los Evans. Sabía que el honor era lo más alto en una banda y les dije que escaparan, eran mi familia y no permitiría que todo saliera mal tan cerca de escapar. Al fin les convencí y, al pasar por encima de un puente, saltaron al río. Yo me ocuparía de esas ratas, me subiría al vagón de detrás, disparando a diestro y siniestro, sin dejar a nadie vivo. Hasta que me giré y el propio François me estaba apuntando con una pistola Mauser. Era mi fin, pero pensé que también sería el suyo. Saqué mi Navy y nos disparamos al mismo momento, mi bala perforó su cabeza; y la suya, mi estómago. Estaba acabado, no podía hacer nada, pero supe que mis compañeros habían logrado el objetivo principal que teníamos en mente. Tras cientos de victorias y cientos de derrotas, fui capaz de asumir mi muerte, donde una vez más, salí victorioso para los míos.